

en brazos de los placeres,
de la gloria y del amor.

Tan poderosa y tan rica,
que á su audacia y su ambición,
ni los mares ponen coto,
ni los peligros pavor.

Tan bella y tan cortesana,
pues que como ella no hay *dos*,
no hay fuerza á quien no atropelle,
ni grandeza la asombró.

Poco á sus delirios fueron
ambos mundos en redor:
«Todo ó nada», dijo ansiosa,
y sobre ambos se asentó.

Y celebrando insensata
su destino triunfador,
llamó al placer y á la vida
y con ellas le partió.

Trajo á sí cuantas hermosas
les siguen á ambos en pos,
cuantos galanes y ociosos
en ambos mundos halló.

Dióles galas y palacios,
campos de inmensa extensión,
trovadores que les canten,
baños de exquisito olor.

Y al hacer de tanto lujo
desigual repartición,
dijo: «Gozad y pedidme,
que si hay dioses, yo soy dios.»

ADOLFO

Y ¿quién es tan atrevido
espíritu protector,
á quien nada se resiste
y á quien nada se igualó?

MAGA

La JUVENTUD.

ADOLFO

¡Dama ilustre!
Envidiable en su favor.

MAGA

¿La sirvieras?

ADOLFO

La adorara.

MAGA

¿Fueras su amigo?

ADOLFO

El mejor.

MAGA

Pues alguien hay que pudiera
concedértelo.

ADOLFO

¿Quién?

MAGA

Yo.

ADOLFO

¿Quién eres, que tal poder
alcanzas?

MAGA

Su hermana soy;
que JUVENTUD y ESPERANZA
nacidas á un tiempo son.

ADOLFO

Pues lleguemos al palacio,
porque ya siento, por Dios,
por sus ilustres favores
perdido mi corazón.

MAGA

¿Esperas vencer?

ADOLFO

Lo espero,
que he de conquistar su amor.

MAGA

Bien haces en esperar,
puesto que contigo voy.

Dió Adolfo el brazo á la Maga,
y ambos con paso veloz
doblaron hacia el palacio
en coloquios de ambición.

Doquiera en su sacro recinto se oía
la ronca alegría
del loco festín;
los besos y brindis que en torno se exhalan
al alma regalan
con música dulce, esperanza feliz.

Las bóvedas altas, de perlas vestidas,
do están suspendidas
centellas de sol,
duplican la luz transparente
en ancho torrente,
vertiendo en las salas cambiante color.

Los ricos tapices que ocultan los muros
remedan los puros
espejos del mar,
sutiles dejando á través de sus hilos
mirar los tranquilos
reflejos del muro de limpio cristal.

Doquiera la rosa, el clavel, los jacintos,
en lazos distintos,
en cifras de amor,
anuncian, orlando las blandas alfombras,
las mágicas sombras
que al hombre adulando, le siguen en pos.

Amor dice en ésta, en aquella *Fortuna*,
Valor dice en una,
y en otra *Amistad*;
Placer dice aquélla, y esotra *Riqueza*,
más lejos *Belleza*,
Ventura en aquésta, *Virtud* más allá.

Doquiera repiten los anchos salones
ardientes canciones
de gloria y de amor;
y allí en los clarines, allá en las botellas,
con cláusulas bellas
acaso acompañan el báquico son.

Allá en los secretos de oculto retrete,
del ancho pebete
al humo fugaz,
de lindas mujeres que están voluptuosas,
sonando amorosas,
las notas se escuchan de amante cantar:

«Los labios hierven en besos,
quemándose están de sed;
venid á templar su hoguera, [cer.
no hay más recompensa ni Dios que el pla-

Y ¿á qué Dios más poderoso
acudiréis que al amor?
Apurad, pues, sus deleites,
que fuera de ellos no hay Dios.

¿Cómo resistir la herida
de su ballesta sutil?
Venid á beber deleites
hasta embriagaros, venid.

Los labios hierven en besos,
quemándose están de sed;
venid á templar su hoguera, [cer.]
no hay más recompensa ni Dios que el pla-

Al son de las lanzas y trompas de guerra
que asordan la tierra,
en extenso salón
se sienten los himnos ardientes de gloria,
de noble victoria,
que entona el soldado con áspera voz:

«Bajad al campo sangriento,
sólo la gloria está allí;
y sin gloria y sin laureles,
¿quién es el imbécil que acierta á vivir?

»Á amar y á lidiar naciones,
y sin triunfos, ¿cómo amar?
¿Qué llevar, si no, en ofrenda
á los pies de una beldad?

»Si amor corona la frente,
nuestras batallas también;
sus coronas son de rosas,
y las nuestras de laurel.

»Bajad al campo sangriento,
solo la gloria está allí;
y sin gloria y sin laureles,
¿quién es el imbécil que acierta á vivir?»

Más lejos, en otra morada hechicera
do el sol reverbera
con lumbre tenaz,
do llenan las perlas los largos espacios,
los ricos topacios,
el jaspero y el oro, la seda y cristal,

se siente el tumulto de báquica orgía,
que en cántiga impía,
discorde clamor,
la mesa en desorden, manchadas las ropas,
al son de las copas
rameras levantan, sin alma y sin Dios:

«Venid: la gloria es un sueño;
amor sin fiestas, ¿qué es?
Mirado á través de un vaso,
el mundo desierto parece un Edén.»

»Vamos la tierra con vino,
embriagados, á amasar;
vamos al templo de Baco
en lúbrica bacanal.

»No hay más altar que la mesa,
no hay más Dios que la embriaguez;
el vino confunde el tiempo,
el morir con el nacer.

»Cuando caemos beodos,
mendigo ó rey, ¿qué más da?
todos bebemos sedientos
arroyos de libertad.

»¡Qué dulces son nuestros pechos
empapados de licor!
¡Qué sabrosos nuestros labios,
y qué inmenso el corazón!

»Venid: la gloria es un sueño;
amor sin fiestas, ¿qué es?
Mirado á través de un vaso,
el mundo desierto parece un Edén.»

Allá en otra estancia do en torno mur-
lejana, insegura, [mura
la voz popular,
cantor instigado del Dios que le inspira,
de cóncava lira
la suya levanta al acorde compás:

«Amor y gloria sin fama
son un espejo sin luz,
sólo los cantos no mueren,
hallando en el cieno sepulcro común.»

»Venid á beber sedientos
los raudales del saber;
en sus márgenes se cogen
las coronas de laurel.

»El pueblo escucha al poeta;
venid, venid al cantor.
¿Qué es el amor ni la gloria
sin la ciencia y la razón?

»¿De qué os vale de placeres
ese miserable afán?
Si no los canta mi lira,
¿quién os los ha de envidiar?

»Amor y gloria sin fama
son un espejo sin luz;
sólo los cantos no mueren,
hallando en el cieno sepulcro común.»

Adolfo, indeciso, consigo luchaba,
sin tino vagaba
detrás del placer;
doquiera anhelante y ansioso corría
cruzando la orgía,
la gloria gustando, el amor, la embriaguez.

Y en voz afanosa, —¿Dó estás, di, mur-
altiva hermosura, [mura,
falaz juventud?
Doquiera te veo, siguiéndote avanzo,
mas nunca te alcanzo....
Yo siempre en tu busca, y huyéndome tú!

¡Oh! Dime, Esperanza, mi fiel compa-
¿dó está esa altanera [ñera,
cobarde mujer? —
La Maga le sigue, mas no le responde.
—¿Por qué se me esconde?
¿Lo sabes?—La Maga repuso:—No sé.

—¿No sabes? Mentira. ¿Me engañas, trai-
me mientes ahora [dora,
que la amo por fin?
¡Oh! Ciego por ella, tras ella camino....
¡Fantasma divino,
te adoro insensato, después que te vi!

IV

Cansado de su rápida carrera
siguiendo la fantástica visión,
de un verde montecillo en la ladera,
Adolfo sollozando se sentó.

Iba el camino por estrecha calle
una suave colina á transponer,
partiendo por mitad un triste valle
do la estéril colina sienta el pie.

Á su lado la Maga todavía,
blanca, risueña y cariñosa está,
cual viva estrella que al piloto guía
y anima en los peligros de la mar.

Flotaba su sencilla vestidura
del aura de la tarde á la merced,
y derramaba su mirada pura
por la campiña que delante ve.

Al lejos, entre pálida neblina,
alcánzase tal vez á distinguir
torres y muros en informe ruina,
y escombros que salpican el país

Hay doquiera ciudades desoladas,
cuyo hendido esqueleto humea aún,
manchando con espesas bocanadas
la claridad del firmamento azul.

No hay fuentes, ni palacios, ni verjeles,
ni cantan en amena soledad,
saltando entre jacintos y claveles,
aves que gozan con alegre afán.

Hay algunas estériles palmeras
nacidas al azar aquí y allí,
y águilas surcan libres y altaneras
el hueco de la atmósfera sutil.

Aun se sienten, perdidos á lo lejos,
los himnos de la alegre juventud,
cuyo alcázar se ofusca en los reflejos
de una impotente y moribunda luz.

Todo es verdad allí, todo se ostenta
sin ilusorio engañador cristal,
por todas partes sin temor se asienta
la rebelde y desnuda realidad.

—Las fuerzas, dijo Adolfo, me abando-
llena de sombras mi memoria está; [nan,
dame el brazo, Esperanza: en mis oídos
esos cantares tentadores van.—

Y era así, que á pedazos por el viento
llegaban en sonora confusión,
ya el mentiroso ó el blasfemo acento
del placer, de la gloria ó del amor:

«Los labios hierven en besos,
quemándose están de sed;
venid á templar su hoguera, [cer.
no hay más recompensa ni Dios que el pla-

»Bajad al campo sangriento,
sólo la gloria está allí;
y sin gloria y sin laureles,
¿quién es el imbécil que acierta á vivir?

»Venid: la gloria es un sueño;
amor sin fiestas, ¿qué es?
Mirado á través de un vaso,
el mundo desierto parece un Edén.»

» Amor y gloria sin fama
son un espejo sin luz;
sólo los cantos no mueren,
hallando en el cieno sepulcro común.»

—¡Oh, cuán felices son en sus placeres,
ellos cantando, y sin aliento yo!
Fiestas allí, cristal, oro y mujeres,
y aquí conmigo soledad y error!

V

ADOLFO

¿Dónde estamos, Esperanza?

MAGA

Selva es aquésta que ves
de razón y de recuerdos.

ADOLFO

¿Tiene nombre?

MAGA

La VEJEZ

ADOLFO

¿Y aquellas alegres damas,
y aquel palacio, y aquel
festín espléndido y cánticos
de ventura y de placer?

MAGA

Allá quedan.

ADOLFO

¿Y la hermosa
de que un instante gocé,
y tras quien corro insensato?

MAGA

Allá se queda también.

ADOLFO

¿Conque por fin la he perdido?
¿Conque en verdad la soñé?

MAGA

El perseguirla es perderla,
que es verdad, é ilusión es.

ADOLFO

¿Mis amigos?

MAGA

Allá quedan.

ADOLFO

De mis soldados, ¿qué fué?

MAGA

Allá quedan.

ADOLFO

¿Y mi gloria,
mis timbres?

MAGA

Allá también.

ADOLFO

¿Conque todos me dejaron?
¿Qué resta en la vida, pues?

MAGA

Tu Esperanza está contigo,
Siempre acudiéndote fiel.

ADOLFO

Tú sola no me abandonas.

MAGA

A tu lado siempre iré,
alumbrándote el camino
que tomastes al nacer.
Reposa y vamos.

ADOLFO

Me canso.

MAGA

Yo la mano te daré.

ADOLFO

Dame un manto, tengo frío;
Agua dame, tengo sed.

MAGA

Vamos á buscar la fuente.

ADOLFO

¿Está muy lejos?

MAGA

Tal vez.

ADOLFO

¿No tiene fin el camino?

MAGA

Sí.

ADOLFO

Pues vamos.

MAGA

Tras mí ven.

ADOLFO

¡Oh, cuán distinto, Esperanza,
este camino es de aquel
por donde yo te tendía
mi brazo ligero ayer!

MAGA

Lo que pasó no recuerdes;
mirando adelante vé.

ADOLFO

Sólo de recuerdos vivo.

MAGA

Olvida.

ADOLFO

No puede ser.

Así con cansado paso
va caminando tal vez
el hombre con su esperanza,
eterno sol de su fe.
Y así la Maga y Adolfo,
ya el día al obscurer,
caminan hacia el desierto
de la arrugada vejez.

Tristes y á espacio caminan
al crepúsculo del sol,
por medio de un campo estéril,
sin ave, fuente, ni flor.

Las cumbres están nevadas,
y en espantoso turbión
se oyen bramar los torrentes
con honda y cóncava voz.

Silba el cierzo entre las peñas,
que ostentan en derredor
entre la nieve, á pedazos,
en lastimosa ilusión,

allí una choza arruinada,
allá un templo que se hundió,
más allá un puente abrasado
ó un hendido murallón;

rastro del peso del tiempo
que fué pasando veloz,
descabezando en sus crestas
cuantas puntas encontró;

áspera y postrer jornada,
dura peregrinación,
por donde nada se encuentra
amigo ó consolador.

Apenas en los escombros
de arruinada población,
algunos pobres ancianos
dan á la vida un adiós;

apenas entre los brezos
se topa un viejo pastor,
que apacienta unos ganados
que sólo esqueletos son.

Mas nadie sabe la historia
de lo que allí vegetó;
todos lloran los recuerdos
de su propio corazón;

todos miran el risueño
alcázar encantador,
que al pasar por sus dominios,
la juventud les mostró.

¿Qué dejan? Sus ilusiones.
¿Qué lamentan? Su valor.
Nada de cuanto gozaron
al desierto les siguió.

Alguna vez aun deliran
con la halagüeña visión
de aquel palacio encantado
que falaz les hospedó.

Pero al pensar en los cantos
que el deleite seductor

les murmuró en los oídos
 en soñada predicción,
 doblan al suelo la frente
 con incrédulo dolor,
 diciendo al ir su camino:
¡Mentira! ¡Todo pasó!

—
 Así, por entre la nieve,
 cruzando el desierto van
 Adolfo y la Maga, en lento
 paso, por quebrado erial.

Cada vez más se avecinan
 á las riberas de un mar
 que al confín de aquella tierra
 tendido en silencio está.

Es el agua turbia, inmoble,
 cuyo fin se pierde allá,
 en un caos de profunda,
 insondable obscuridad.

ni el viento, al pasar, la arruga,
 ni en espumas de cristal,
 en las húmedas arenas,
 se viene á desmenuzar;

ni escupe conchas de nácar,
 ni en su extensa soledad
 saltan avaros los peces
 el ambiente á respirar.

No se alcanza de la playa,
 por el perdido arenal,
 más que una choza mezquina
 de estrecha concavidad,

cuya puerta desquiciada,
 ya mohosa y desigual,
 como párpado sin ojo,
 mirando hacia el agua está.

Llegando allí, dijo Adolfo:
 —No puedo, Esperanza, más;
 entremos en esa choza
 un momento á descansar.—

Entraron en la cabaña,
 y á la débil claridad
 con que alumbra todavía
 un crepúsculo fugaz,

hallaron un ancho espejo,
 en cuyo limpio cristal,
 Adolfo vió con espanto
 una sombra reflejar.

—¿De quién es aquella imagen?
 preguntó, en duda tenaz,

con su memoria luchando,
 recelando la verdad.

—Esa imagen es la tuya.
 —Pues ¿cómo mi frente ya
 calva y arrugada miro,
 y tan gastada mi faz?

¿No era ayer niño y hermoso
 contigo, Esperanza, al dar,
 cuando á despertar viniste
 mi infantil curiosidad?

—Entonces naciste al mundo,
 y el canastillo en que audaz
 conmigo bogastes, era
 tu cuna, Adolfo, no más.

Las brisas de mis promesas
 lleváronte á desear,
 y entraste por el camino
 de la loca vanidad.

Así el valle de la vida
 has venido á atravesar
 entre pensiles de flores
 y palacios de cristal.

—¡Ay! clamó Adolfo llorando,
 que no los puedo olvidar,
 ni á aquella reina orgullosa,
 á quien ya no veré más.

—Así se pasa la vida
 en gemir y en esperar
 lo que buscamos en ella
 ó lo que perdimos ya.

Esta choza es una puerta
 de la obscura *eternidad*;
 ese espejo es la *razón*,
 y la *nada* es ese mar.

Todo aquí se desvanece,
 nada hay delante y detrás,
 allá se queda la vida,
 y los deleites allá.

Este es el punto por donde
 se descubre la *verdad*,
 y aquí sólo la *esperanza*,
 aun con nosotros está.

VI

PLEGARIA

¡Blanca ilusión! ¡Benéfica esperanza!
 Triste y última luz del corazón,
 á cuyo tibio resplandor se alcanza
 un *más allá* en el hondo panteón.

Tú sola nos alivias el camino
 en que entramos al tiempo de nacer;
 nuestro amargo destino es tu destino,
 siempre amiga te hallamos por doquier.

Delante de ese espejo misterioso,
 de nuestra nada ante el extenso mar,
 aun vienes con semblante cariñoso,
 nuestra seca razón á consolar.

¡Oh! Tú nos doras la niñez tranquila,
 enciendes nuestra ardiente juventud,
 la vejez nos sostienes, que vacila,
 y aun ardes en el cóncavo ataúd.

Sol en la vida, lámpara en la muerte,
 siempre nos vienes asistiendo en pos;
 y amiga fiel, nos dejas al perderte,
 al pie del trono del inmenso Dios.

¡Sol de mi vida! Sin cesar conmigo,
 mis lentas horas alumbrando ven;
 no apagues, no, tu resplandor amigo
 mientras mis ojos en vigilia estén.

¡Lámpara de mi nicho solitario!
 Baja conmigo al negro panteón,
 y séanme los pliegues del sudario,
 de sueño eterno santo pabellón.

